

Retrospectiva y prospectiva de la lingüística cubana¹

Desde finales del siglo XVIII y a lo largo del XIX, diversos eruditos y estudiosos cubanos –ninguno de ellos lingüista en sentido estricto– prestaron especial atención al léxico y la pronunciación del español de Cuba, aunque en menor medida también a sus características morfosintácticas.

A la prescriptivista ingenuidad de la *Memoria* del fraile Pedro Espínola (1795) se añaden, a medida que nos adentramos en el siglo siguiente, las obras del naturalista Felipe Poey y del primer gran lexicógrafo cubano, Esteban Pichardo. El primero parece haber escrito una especie de «gramática general», que no ha podido ser recuperada hasta ahora (suerte desdichadamente corrida por otros textos de los siglos XIX y XX en Cuba), así como algunos artículos de orientación lingüística. El segundo, primero a quien cabría considerar como especialista en cuestiones idiomáticas, publicó ya en 1836 el primer diccionario de americanismos hecho en Hispanoamérica, el *Diccionario pro-*

(1) El presente trabajo se presentó en el II Congreso Internacional de Historiografía Hispánica (dedicado a «La Lingüística hispánica en el centenario del 98»), celebrado en Gijón (España), entre el 5 y el 8 de abril de 1999.

vincial de voces cubanas, al cual seguirían varios otros debidos a diferentes autores.

La primera mitad del siglo XX estuvo sin duda dominada por Juan Miguel Dihigo y Mestre, un lingüista, esta vez sí, en el sentido más pleno de la palabra. Su obra capital, *Léxico cubano*, iría apareciendo, lenta y trabajosamente, durante un considerable número de años: los primeros artículos ven la luz en 1920, pero los dos primeros volúmenes independientes no la verán hasta 1928 y 1946, respectivamente. De hecho, sin embargo, Dihigo había comenzado a trabajar en su magna obra desde el primer decenio del siglo.

Dihigo y Mestre, empero, no se limitó a la formidable empresa del diccionario. Ocupó, en 1900, la primera cátedra de Lingüística y Filología creada en la Universidad de La Habana. Fundó en 1908, adjunto a dicha universidad, el primer laboratorio de fonética con que haya contado Cuba. En 1912 presentó en Grecia la ponencia *Histoire de la phonétique du langage populaire à Cuba*, de cuya ampliación resultaría su importante estudio de 1915 *El habla popular al través de la literatura cubana. Estudio sobre su transformación*. Otro importante texto suyo aparece el año siguiente: *El movimiento lingüístico en Cuba*; de modo que, gracias a Dihigo, es el de 1916, el mismo de la aparición del *Cours* saussuriano en Ginebra, el año en que alguien se interesa seriamente en proveernos de una visión retrospectiva, histórico-bibliográfica, de la aún incipiente lingüística cubana.

De manera que Dihigo fue pionero en más de un sentido: no solamente inició la enseñanza universitaria especializada de la lingüística, sino que creó las condiciones para el procesamiento instrumental de la fonética, privilegio este que, sin embargo, no fue ni de lejos debidamente aprovechado (el laboratorio, en efecto, permaneció sin terminarse de armar ni utilizarse; al decir de algunos, muchas piezas faltaron o desaparecieron, hurtadas al parecer tras ser descargadas del barco que

las había trasportado). No contento con lo anterior, fue Dihigo asimismo el primero en prestar una atención cuidadosa al habla popular (y su reflejo en la literatura de la época), el interés sostenido en la cual, por su parte, quedaría suficientemente demostrado por su ulterior atención a sus manifestaciones tanto en las publicaciones periódicas cuanto en la vida cotidiana de la gente común. Por último, y ello merece nuestro especial reconocimiento en esta ocasión, Juan Miguel Dihigo y Mestre fue el primero en pasar revista al quehacer y la producción bibliográfica de los estudiosos cubanos del lenguaje que le habían precedido.

Entre tantos méritos, parece sin embargo ser su labor lexicográfica la que ha atraído más la atención de sus contemporáneos y aun de generaciones posteriores. Entre aquellos cabe mencionar en particular a Fernando Ortiz, quien ya en 1923 alababa las cualidades científicas en la obra lexicográfica de Dihigo, frente a la poca seriedad que atribuía a la de otros autores, señalada y explícitamente en el caso de Alfredo Zayas y Alfonso, el cual, al decir de Ortiz, había dejado «maltrecha» a la lingüística cubana con su *Lexicografía antillana*.

Notabilísimo estudioso de la lengua y la cultura de los cubanos, Fernando Ortiz fue el autor del célebre *Catauro de cubanismos*, que vio la luz precisamente en 1923. Pero la figura de Ortiz es una de las más sobresalientes de la cultura cubana del siglo XX. Jurista de formación (se gradúa en Derecho en Barcelona en 1900 y el año siguiente obtiene en Madrid el doctorado), Ortiz se había orientado desde principios del siglo hacia la problemática antropológica, con un marcado interés en la multifacética presencia africana en la cultura material y espiritual de Cuba. *Los negros brujos*, primera parte de su trilogía *Hampa afrocubana*, se publica en 1906; diez años después, en 1916, aparece la segunda parte, *Los negros esclavos*; los últimos tres años de su vida (muere en 1969) los consagra a trabajar afanosamente en la tercera y última parte, titulada *Los negros*

curros. Prolífico autor y original creador y propagador de nuevos conceptos en la etnografía, Ortiz contribuyó poderosamente a llamar la atención de otros estudiosos sobre las raíces y la presencia africanas en Cuba.

Uno de esos estudiosos fue Lydia Cabrera, quien orientó su actividad investigativa hacia la cultura y la cosmovisión legadas a sus descendientes por los africanos llevados como esclavos a Cuba y el léxico a ellas vinculado. Entre sus lexicones comentados descuellan *El monte* (1954) y *Anagó* (1957), en particular el primero.

Aunque creada ya en 1926 con carácter extraoficial por Fernando Ortiz (dirigida entonces por otra gran figura de la historia, la cultura y la educación cubanas: Enrique José Varona), no sería sino hasta un año antes de la muerte de Juan Miguel Dihigo cuando se fundaría oficialmente la Academia Cubana de la Lengua, la cual comienza a editar su propio *Boletín* en 1952, el mismo año en que muere Dihigo y Mestre. El hecho de más está decirlo tiene importantes consecuencias para la cultura idiomática cubana y para la atención concedida a esta en un ámbito mayor, hispánico.

Justo en vísperas del triunfo de la Revolución, en 1958, publicaría Néstor Almendros un artículo fundamental para los estudios de la variación fonética en Cuba: «Estudio fonético del español en Cuba (región occidental)», aparecido en el *Boletín de la Academia Cubana de la Lengua*.

El proceso de transformaciones revolucionarias iniciado a comienzos de 1959 tuvo importantes efectos tanto en el español de Cuba cuanto en la lingüística cubana.

Durante los dos o tres primeros años subsiguientes se produjo un masivo éxodo, fundamentalmente hacia los Estados Unidos, que afectó no solo a los vinculados al depuesto régimen de Fulgencio Batista, sino asimismo a las clases alta y media, sobre todo capitalinas.

Un elevado número de profesionales abandonó el país y ello no dejó sin consecuencias al medio universitario, incluidos lingüistas y antropólogos. A decir verdad, sin embargo, el grueso de los intelectuales cubanos eligió permanecer en el país.

Por otra parte, el gobierno revolucionario orientó un esfuerzo descomunal al desarrollo educativo de la población, esfuerzo que tuvo entre sus primeros logros tangibles la campaña nacional de alfabetización y la creación de centros docentes de todos los niveles en las diferentes provincias (que ya no fueron seis sino catorce, y un municipio especial, constituido por la segunda mayor isla del archipiélago, hasta entonces llamada Isla de Pinos, pero rebautizada como Isla de la Juventud).

Muchos de los efectos más generales de la Revolución Cubana resultan especialmente importantes para el desarrollo y la divulgación de la lingüística cubana. Cabe mencionar entre ellos el envío de jóvenes (y a veces no tan jóvenes) estudiosos a iniciar, completar o profundizar, según los casos, su formación profesional en diferentes países europeos, especialmente del entonces llamado campo socialista, pero también en otros, como España y Francia, hecho que en algunos años le permitiría a la lingüística cubana contar con investigadores y docentes de calidad, familiarizados con distintas corrientes de la lingüística teórica, descriptiva y aplicada de la URSS, Rumania, la RDA y Checoslovaquia, así como de España, Francia y otros países del área. Debe agregarse a ello: la creación de numerosos centros de enseñanza superior, que naturalmente incluyen nuestra especialidad; el auge de las editoriales, algunas de las cuales concentran sobre todo la publicación de textos especializados en lingüística, tanto de autores clásicos y modernos cuanto de las nuevas generaciones de lingüistas cubanos (dos editoriales se destacan en especial: la de Pueblo y Educación, y la de Ciencias Sociales); la consolidación de varias publicaciones periódicas, por lo general vinculadas a la rama humanística de las universidades e institutos superiores pedagógicos del

país, donde sistemáticamente dan a conocer sus trabajos investigativos los profesores de lingüística (*Universidad de La Habana, Islas, Santiago, Varona*).

A partir de la década del 60, lingüistas cubanos establecidos en el extranjero realizan importantes estudios acerca del español cubano, sobre todo orientados a la problemática fonético-fonológica. Entre ellos hay que mencionar destacadamente a tres lingüistas de bien reconocido prestigio: Humberto López Morales, Jorge M. Guitart y Juan Clemente Zamora Munné.

Mención aparte merecen varios lingüistas extranjeros que hacen aportes significativos al desarrollo de la lingüística cubana ya a partir de los años 60. Un caso destacado es el de la estadounidense de inspiración sapiriana Ruth Goodgall de Pruna, quien, establecida en Cuba, ejerce la docencia en la Universidad Central de Las Villas y en la Universidad de La Habana, y realiza investigaciones fonéticas sobre el habla de la región central de Cuba. Los rumanos Marius Sala y M. Olteanu, así como los checoslovacos Jozef Dubskey y Oldřich Tichý, ambos docentes de la Universidad Carolina de Praga, forman nuevas generaciones de lingüistas (los praguenses lo hacen, respectivamente, en las universidades de Oriente y de La Habana). Otra rumana, Cristina Isbăescu, visita la isla y hace un importante estudio fonético-fonológico del español de Cuba. Y unos años más tarde la rusa Ina Levina, también establecida en Las Villas y vinculada como docente al Instituto Superior Pedagógico de Santa Clara, también investiga la fonética del español del centro de Cuba. Por su parte, un destacado hispanista soviético, G. V. Stepanov, forma a un puñado de jóvenes lingüistas que continuarán luego trabajando como investigadores en el Instituto de Literatura y Lingüística, mientras otro grupo de jóvenes inicia su formación en la Universidad Carolina de Praga, donde al final de los años 70 y principios de los 80 algunos culminarán ya sus estudios de doctorado. También los alemanes Matthias Perl y Gerd Wotjak, entre otros, visitarían Cuba por estos años

(Wotjak dejaría una reconocible influencia entre varios jóvenes lingüistas cubanos); la también alemana Karin Müller, especialista como Wotjak en semántica, ejerció durante varios años la docencia en la Universidad de Oriente, donde también se ha desempeñado establemente la alemana residente en Cuba Dorothea Callejas, cuyas investigaciones sobre las formas de tratamiento en el español de Cuba (tanto en la literatura cuanto en la vida cotidiana actual) han sido de indudable interés y gran rigor. Ha habido en Cuba además especialistas rusos, franceses, británicos, haitianos y de otras muchas nacionalidades, que han contribuido considerablemente al desarrollo de la lingüística cubana. Un caso especialísimo, sin embargo, es el de la chilena Ana María Hermosilla, residente en Cuba, cofundadora de la Asociación de Lingüistas de Cuba y especialista en lengua y cultura francesas; profesora de varias generaciones de estudiantes de francés, Ana María Hermosilla ha sido una figura clave en la Asociación de Lingüistas de Cuba desde su creación. De la rumana residente en Cuba Puica Dohotaru se hablará más adelante, en virtud de su activa participación actual en líneas fundamentales de investigación.

Un primer hito fundamental, en la etapa posterior a 1958, es precisamente la creación del Instituto de Literatura y Lingüística en 1965, ya que desde entonces contará el país con un equipo de investigadores en lingüística. Dirigido inicialmente por José Antonio Portuondo, luego por Mirta Aguirre y más tarde nuevamente por Portuondo (en la década del 90 otras tres personas han ocupado sucesivamente la dirección del ILL), el Instituto publica desde 1970 el *Anuario L/L*, donde sus investigadores divulgan regularmente los resultados de su trabajo.

Otro momento crucial en el desarrollo de la lingüística cubana es el año de 1986, en el cual se crea oficialmente la Asociación de Lingüistas de Cuba (presidida por Vicentina Antuña hasta 1990, luego por Max Figueroa hasta 1995 y desde entonces por Gisela Cárdenas).

El mismo año, de consuno, los investigadores del Instituto de Literatura y Lingüística y los docentes-investigadores de las universidades e institutos superiores pedagógicos del país, encabezados por los de la Universidad de La Habana, configuran y emprenden el llamado Problema Principal de Investigación de Ciencias Sociales «El español en Cuba», concebido para todo un quinquenio en su etapa inicial e integrado por más de una docena de temas investigativos, los cuales comprenden el estudio del habla urbana en los niveles fonético-fonológico, morfosintáctico y léxico; el estudio del habla rural, orientado a la confección de un ambicioso Atlas Lingüístico de Cuba; la elaboración de una gramática científicamente actualizada del español (destinada ante todo a satisfacer propósitos docentes en la enseñanza superior y media superior); el estudio diacrónico de la variedad cubana del español y de las ideas lingüísticas manifestadas en Cuba a lo largo de su historia; importantes proyectos lexicográficos, orientados tanto en sentido semasiológico cuanto en sentido onomasiológico.

El Problema «El español en Cuba» contribuyó poderosamente al intercambio sistemático de los lingüistas cubanos entre sí y con muchos otros del ámbito hispánico, en varios de cuyos países ya se hallaba notablemente avanzado el estudio descriptivo pormenorizado del español y sus variedades nacionales, como era el caso, en especial, de España, México y Colombia, pero también de Puerto Rico, Santo Domingo y Argentina.

Al margen de ese ambicioso proyecto, otros lingüistas cubanos desarrollan independientemente, durante estos años, no menos importantes proyectos investigativos, por ejemplo, algunos de carácter terminológico-terminográfico, lexicológico-lexicográfico y fraseológico-fraseográfico.

Al mismo tiempo, la enseñanza superior de las lenguas extranjeras (inglés, ruso, francés, alemán son las principales) experimenta un desarrollo sin precedentes en el país. En este

medio también se perfeccionan tanto la metodología de la enseñanza como el tratamiento teórico-metodológico de la investigación lingüística. Lingüistas jóvenes, familiarizados con el quehacer de los lingüistas en países de lengua rusa, inglesa, alemana o francesa, aprovechan esos estímulos para impulsar novedosas investigaciones en el ámbito cubano; entre estas cabe destacar las orientadas hacia la semántica funcional, la tipología y los estudios confrontativos, la lingüística textual, la fraseología y la linguoestilística.

Entre 1986 y 1991, la lingüística cubana experimenta un desarrollo de particular intensidad. Al tiempo que avanzan los temas del Problema Principal «El español en Cuba» y estos comienzan a arrojar los primeros resultados parciales, la Asociación de Lingüistas de Cuba organiza encuentros y talleres nacionales en diversas ciudades del país. El país cuenta ya con un número creciente de especialistas con niveles científicos de doctorado y de maestría, y los lingüistas cubanos estrechan sus vínculos profesionales con los del resto del ámbito hispánico, sobre todo con lingüistas de México y España. Simultáneamente, las universidades de La Habana y de Oriente, el Instituto de Literatura y Lingüística y su filial de Santiago de Cuba, el Instituto Superior Pedagógico «Enrique José Varona», por mencionar solo estos, consolidan unos e inician otros la organización de eventos internacionales periódicos de lingüística, a los cuales asiste un número creciente de especialistas de diversas procedencias nacionales.

Sobre todo en las décadas del 80 y del 90, por muy diversas vías, la lingüística cubana se vincula a proyectos, asociaciones e instituciones internacionales. Entre los primeros, hay que destacar no solamente el magno proyecto descriptivo de las variedades del español, ya mencionado, sino también la confección del diccionario de americanismos emprendida bajo la dirección de Günther Haensch, de la Universidad de Augsburgo, en la cual se involucraron investigadoras del Instituto de Literatura y Lin-

güística (Antonia María Tristán, Gisela Cárdenas y Zoila Victoria Carneado).

Desdichadamente, a partir de 1990, en virtud de la conjunción de hechos políticos y económicos tanto internos cuanto externos, de escala mundial los más graves, el país entra en un proceso crítico de dificultades que, inevitablemente, viene desde entonces afectando de manera bastante seria el quehacer de la lingüística cubana.

El grado de esas dificultades suele resultar inimaginable para muchos. No se trata solamente de la carencia de computadoras, impresoras, grabadoras, etc., ni siquiera ya de las crecientes restricciones y demoras (de muchos años, a veces) en la publicación de libros y revistas. Se trata asimismo de la falta de papel, bolígrafos, cintas de máquina de escribir, así como de la casi imposibilidad de desplazarse dentro del país, por no hablar de las severísimas dificultades, incluso, para moverse dentro de una misma ciudad.

Así las cosas, el Problema Principal «El español en Cuba» debe ser dado por concluido, prematuramente, hacia el final de su segunda etapa (trienal esta): las investigaciones relacionadas con él, y todas las demás, deben ser replanteadas en términos mucho más modestos, pacientes y cautelosos. Un proyecto como el Atlas Lingüístico de Cuba (que concibió y dirigió en su etapa inicial Raquel García, especialista también en entonología) debe quedar en suspenso y ceder el puesto a una investigación dialectológica más restringida y puntual.

La Asociación de Lingüistas de Cuba, por su parte, se ve impedida de seguir adelante, después de 1991, con su ambiciosa serie de encuentros y talleres de alcance nacional.

Afortunadamente, los grupos especializados de Lengua Inglesa y de Lengua Francesa de la ALC, muy nutridos (sobre todo el primero) y bien organizados, logran seguir avanzando en sus respectivos proyectos, gracias sin duda, en buena medi-

da, a sus vínculos con el extranjero. Comprensibles limitaciones afronta, en cambio, el antes pujante y promisorio grupo especializado de Lengua Rusa de la ALC.

Organizados independientemente, desde antes de que la ALC crease los grupos especializados de lenguas extranjeras, los germanistas se mantienen activos. Algo felizmente similar ocurre con otros sectores específicos de la lingüística y la filología cubanas, como es el caso de los estudios clásicos grecolatinos, con sede en la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana.

En pocas palabras, las ya apremiantes urgencias económicas obligan a redefinir y reorientar sustancialmente la actividad de centros, instituciones y asociaciones, cuyos planes y proyectos dependerán cada vez más de apoyos provenientes del exterior (con todas las consecuencias que ello acarrea: no en último lugar, la elección misma de las líneas de trabajo específicas). Un ejemplo reciente ha sido la impartición, en 1996, de cursos de postgrado en la joven Universidad de Cienfuegos por un grupo de lingüistas de la Universidad de Oviedo, que culminó con la donación de un equipo de análisis fonético instrumental a dicho centro.

Otros aspectos y nombres son dignos de mención positiva, aun en las presentes circunstancias.

Un caso de sostenido éxito, y que por ello bien merece ser puesto de relieve, es el de los investigadores de la filial del Instituto de Literatura y Lingüística en Santiago de Cuba. Allí, bajo la dirección de Vitelio Ruiz Hernández, especialista en fonética, y de Eloína Miyares, orientada tanto a la fonética cuanto a la lexicografía (ambos con énfasis en la vertiente normativo-correctiva), se han continuado realizando bienalmente los encuentros internacionales de lingüística aplicada y se lleva adelante, con notables logros, la elaboración de diccionarios escolares de lengua materna.

También la Facultad de Filología de la Universidad de Oriente, en la misma ciudad, ha mantenido su tradición de encuentros bienales internacionales de lingüística, consolidada especialmente bajo la dirección de Mercedes Cathcart. Varios profesores de dicha universidad se han destacado merecidamente por la calidad de su trabajo, entre otros muchos Ercilia Estrada, especialista en morfosintaxis española, y Jesús Figueroa, estudioso del léxico y la semántica.

Durante muchos años fue Ivonne Blanco –destacada impulsora de la ALC y vicepresidente de esta en los difíciles años iniciales de su existencia– una figura clave en el favorable desempeño de la lingüística en el Instituto Superior Pedagógico «Enrique José Varona» (de La Habana), así como en la calidad y la regularidad de la publicación de trabajos lingüísticos en la revista *Varona*. Actualmente, ese instituto superior pedagógico –que cuenta con un reconocido cuerpo de especialistas y que tradicionalmente ha orientado la labor de los restantes ISP del país– organiza periódicamente encuentros nacionales e internacionales y desarrolla sus vínculos con el exterior.

Otro tanto cabe decir de la Facultad de Lenguas Extranjeras de la Universidad de La Habana, muchos de cuyos especialistas gozan de bien ganado prestigio y cuyos nexos con instituciones extranjeras son cada vez más fructíferos.

Los investigadores del ILL han continuado sus diferentes líneas de investigación, la mayoría ya mencionadas antes. Durante los últimos quince años, aproximadamente, la rumana residente en Cuba Puica Dohotaru ha llevado adelante con indudable rigor y con resultados patentes el estudio descriptivo del consonantismo urbano de Cuba, con especial atención al de la capital, tarea investigativa que actualmente se enmarca en el tema de investigación «Variabilidad de elementos fónicos y morfosintácticos», en el cual participan además María Elena Pelly, quien estudia la variación morfosintáctica, y Nuria Gregori (actual Directora del ILL), quien se especiali-

za en el estudio sociolingüístico de las actitudes, en especial de los habitantes de la capital con respecto a la variación lingüística en Cuba.

También en el ILL, Gisela Cárdenas y Antonia María Tristá (tras la muerte de Zoila Victoria Carneado), una vez concluida su labor en la confección del *Diccionario de cubanismos*, que formó parte del proyecto mayor del *Nuevo diccionario de americanismos* dirigido por el recién fallecido G. Haensch (Universidad de Augsburgo), se han enfrascado en la elaboración de un *Diccionario ejemplificado del español de Cuba*. La propia Gisela Cárdenas –quien también se ocupa en semántica, pragmática y análisis del discurso– dirige otro tema investigativo enderezado a la confección de un *Diccionario del español regional de Cuba*.

Otros aspectos del léxico cubano son asimismo estudiados por otras especialistas del ILL, Alina Camps entre ellas, quien ha publicado un libro sobre las denominaciones de la flora y la fauna cubanas.

Otro investigador del ILL, autor de varios libros de amplia circulación, es Sergio Valdés, quien durante muchos años se ha orientado al estudio de las raíces y el desarrollo de la conciencia y la cultura nacionales a partir de sus componentes étnicos y sus aspectos lingüísticos. Son muy conocidos sus estudios sobre los préstamos indígenas y africanos en el español de Cuba.

Rodolfo Alpízar, quien durante varios años se desempeñó como investigador del ILL y se ha vinculado luego con Unión Latina y con organizaciones nacionales e internacionales relacionadas con la terminología y la terminografía, ha alcanzado productos de interés en esa esfera, sin por ello abandonar su permanente interés en cuestiones de redacción, ortografía y puntuación o su vocación por la historia de la lingüística cubana.

En la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana, entre otros varios aspectos, son particularmente destacables el «Análisis estilístico de autores cubanos», tema investi-

gativo que desde hace algunos años llevan a cabo Luis Enrique Rodríguez, Marlen Domínguez, Maritza Carrillo y otros, así como el tema «Documentos de los siglos XVIII y XIX», que se ejecuta mediante la colaboración entre dos lingüistas cubanas (una de ellas, Milagros Alfonso, residente en México) y una lingüista española residente en México, Concepción Company, profesora-investigadora de la UNAM y autoridad reconocida en materia de estudios diacrónicos del español. La Facultad concluyó además en 1997 –apoyándose en la metodología del PILEI e incorporándose al Proyecto de Estudio Coordinado de la Norma Culta en las Principales Ciudades de España e Iberoamérica– la investigación denominada «Léxico culto de Ciudad de La Habana», el texto de cuyos resultados, empero, aún no ha visto la luz.

Un proyecto en curso, de especial envergadura, es el denominado «Red temática: últimas tendencias en la lingüística», en el cual participan seis universidades: la Universidad de La Habana, la Universidad Nacional de Rosario (Argentina), la de Los Lagos-Osorio (Chile) y tres españolas, a saber, Rovira y Virgili, la de Las Palmas de Gran Canaria y la de Lérida.

Particularmente activa ha estado y está, en estos años recientes, Ofelia García Cortiñas, quien, amén de participar en el antes mencionado proyecto, ha colaborado extensamente en lo tocante a cubanismos con vistas a la edición del año 2001 del *Diccionario de la Real Academia Española*.

Una pérdida muy sensible para la lingüística cubana fue el fallecimiento (hace dos años) de Leandro Caballero, quien se hallaba enfrascado en la continuación de un vasto proyecto lexicológico y lexicográfico sobre el campo semántico de la valoración. Profesor de la Facultad de Lenguas Extranjeras de la Universidad de La Habana (en su calidad de especialista en lengua rusa) y participante en el Problema Principal «El español en Cuba» (en su condición de especialista en semántica funcional), logró al menos concluir el texto *Diccionario ideográfico y*

semántico: Bondad, que —resultante del tema que dirigió en el Problema Principal— vio la luz en 1992.

Un número todavía relativamente pequeño (aunque al parecer creciente) de lingüistas cubanos se ha venido estableciendo estos últimos años —al igual que profesionales cubanos de muchas otras ramas— en diversos países, en particular durante el actual decenio. No parecen ser ya, sin embargo, los Estados Unidos los anfitriones «por defecto», como había ocurrido en 1959 y los años subsiguientes de principios de la década del 60.

Profesionales cubanos de muy diversas especialidades se encuentran hoy, ciertamente, en los Estados Unidos de América, pero también residen en distintos países de América y de Europa o, cuando menos, realizan prolongadas estancias en ellos.

En cuanto a los lingüistas, podrían citarse los casos de: Irene Fonte, estudiosa del discurso y la sociolingüística, quien reside desde hace años en México; Raquel García Riverón, entónóloga que he mencionado más arriba, quien de momento se encuentra actualmente en España y allí lleva adelante estudios de su especialidad, de los cuales ha resultado la publicación de dos libros; Adelaida Hernández, estudiosa del vocalismo cubano y actualmente establecida en las Islas Canarias; Lirca Vallés, quien dirigió el estudio del léxico urbano en el marco del Problema Principal «El español en Cuba», establecida en Colombia desde hace aproximadamente un decenio; Luis Roberto Choy, reconocido pionero e impulsor de la dialectología en Cuba, quien estuvo estrechamente vinculado tanto al tema del estudio geolectal de Cuba cuanto al del estudio fónico del habla urbana actual de Cuba, el cual, tras residir en Valencia, España, donde en 1997 defendió su tesis doctoral (de orientación diacrónica y relativa a las etapas iniciales del español cubano), ha pasado a establecerse en los Estados Unidos; quien les habla, establecido en México desde 1994; Milagros

Alfonso, también residente en México, quien realizó su doctorado en ese país y se ha especializado en el estudio sintáctico diacrónico del español; Mayra Rodríguez, especialista en lengua y cultura francesas, pero también en lingüística general, quien actualmente reside en la República Dominicana; Carlos Paz, estudioso del léxico popular, juvenil y marginal, quien desde hace poco reside en los Estados Unidos, donde acaba de publicar dos textos de carácter lexicográfico sobre esos temas; Juan Jorge Fernández, quien ha trabajado sobre todo la historia de la lingüística, pero también los orígenes y la consolidación del español de Cuba, el cual se ha establecido recientemente en Brasil. También se halla desde hace varios años estudiando fuera de Cuba Elizabeth Santana, especializada en fonética y fonología del español, quien está en vías de concluir su doctorado en México; similar es el caso de Teresita Ronquillo, orientada hacia la fonética y la fonología, quien realiza asimismo estudios de postgrado en dicho país.

La historia de la ciencia en un país no es —afortunada o desdichadamente— desajable de la historia a secas de ese país. La lingüística no es en modo alguno la excepción.

Hay unos pocos, aunque muy destacados, lingüistas relacionados con la primera gran migración de profesionales cubanos que tuvo lugar a raíz del triunfo de la Revolución: alguno ya lo era antes de abandonar el país; los más, empero, eligieron y cultivaron esa profesión después de ello; en todo caso, prácticamente todos publicaron lo más significativo de su obra en el exterior después de 1959.

La «lingüística cubana», como fenómeno generalizado en escala nacional, se desarrolló después de 1959 de manera estable y progresiva; hasta los años noventa, cuando, por razones muy diversas —específicas y por ende solo un tanto artificialmente generalizables—, un cierto número de lingüistas cubanos comienza a establecerse en el exterior.

Un problema que por fuerza se le plantea hoy al potencial historiador de la «lingüística cubana» es qué entender por tal. Problema nada sencillo, pese a las iniciales lecturas que cabría hacer.

Separar lo «cubano» de lo «no cubano» sería absurdo intentarlo a partir del pasaporte y la ciudadanía. No menos absurdo sería hacerlo a partir de la nacionalidad. Y sin duda alguna sería más absurdo aun pretender hacerlo a partir de la ideología.

¿Qué incluir, entonces, en una historia de la «lingüística cubana» (y, por ende, qué excluir de ella)?

De nuevo, aquí, resulta que no serían desgajables historia a secas e historia de la disciplina. De lo que ocurra en y con Cuba, pues, dependerá lo que luego se diga y escriba acerca de la «lingüística cubana».

Acaso convendría atenerse a un par de claves esenciales (en relación siempre, exclusivamente, con la lingüística):

1) qué se hizo estando físicamente en Cuba (se trate o no de un cubano);

2) qué se hizo acerca de Cuba no estando físicamente en ella (tratándose de un cubano de nacionalidad).

Aparte, como un aspecto ya periférico a la «lingüística cubana», aunque importante para ella, podría formularse este otro par de claves:

a) qué se hizo acerca de Cuba no estando físicamente en ella ni siendo cubano de nacionalidad;

b) que se hizo fuera de Cuba que no tuviera nada que ver con Cuba, aun siendo cubano de nacionalidad.

Este último aspecto, sin embargo, demanda cierta precisión esencialísima, formulable, me parece, así: *¿en qué medida tiene que ver lo que se hace con lo que ya se venía haciendo cuando se estaba en Cuba?*

La «lingüística cubana» del siglo XXI tendrá abundante y merecida cosecha si, evitando las trampas de una visión maniqueísta, logra reconocerse en sus propios productos y, con ellos, en los productores mismos.

MAX ENRIQUE FIGUEROA ESTEVA
Universidad de Sonora, México
